

FRANCISCO CERVANTES DE SALAZAR Y SU CRÓNICA DEL MÉXICO NOVOHISPANO (SEGUNDA PARTE)

Arturo Dávila S.*

Metamorfosis colonial

UNA DE LAS MÁS GRATAS SORPRESAS QUE OTORGA La *Crónica de la Nueva España* de Cervantes de Salazar, es el giro que le da al describir la ciudad de México bajo el reinado de Motekuzoma. Por un instante, se aparta de sus fuentes (Motolinía, Gómara y Cortés, entre otros) e inicia una “gran digresión”. Contrapone la antigua Tenochtitlan con la nueva capital donde vive.¹ Los capítulos XXIV, “De la descripción y grandeza que hoy tiene la ciudad de México después que españoles poblaron en ella” y XXV, “Do se prosigue la descripción y grandeza de México”, contenidos en el libro cuarto de la *Crónica*, constituyen un valioso registro contemporáneo de la ciudad novohispana. Se alaba su valor y calidad:

Es cosa cierta, porque dello hay tantos testigos de vista, que como en su gentilidad la ciudad de México era cabeza deste Nuevo Mundo, así lo es ahora después que en él se ha promulgado el sancto Evangelio, y cierto lo meresse ser por las partes y calidades que tiene, las cuales en pocos pueblos

* Doctorado en Lenguas y Literaturas Romances en la Universidad de California, Berkeley. Es director del Departamento de Lenguas Extranjeras en Laney College, Oakland.

¹ En este ensayo, se ha usado la grafía fonética que proponen algunos de los grupos “mexicanistas”, y que subvierte el “alfabeto” impuesto por los misioneros y sus seguidores; en especial, el grafema <k> representa el sonido /k/ y sustituye a las grafías <c> ante <a, o, u> y <qu> ante <e,i>. El grafema <ç> representa al sonido /t ò/ que en español se escribe <ch>.

del mundo concurren como en éste. (Libro IV, cap. XXIV, p. 315)²

Cervantes de Salazar tenía clara conciencia de su tarea de escritor y quiere dejar testimonio de la hermosura de México. Se siente orgulloso de vivir allí y reconoce su opulencia. Esto es importante ya que el humanista venía de Toledo, capital del imperio español, y conocía ciudades europeas importantes. Nos da las razones por las que escribió sus famosos *Diálogos*:

Describe interior y exteriormente en latín en unos Diálogos que añadí a los de Luis Vives, por parecerme que era razón que pues yo era morador desta insigne ciudad y Catedrático en su Universidad, y la lengua latina tan común a las nasciones, *supiesen primero de mí que de otro la grandeza y majestad suya...* (315-316. Énfasis nuestro)

Esta referencia a los *Diálogos*, llevó a Francisco del Paso y Troncoso y a Zelia Nuttall a identificar al autor de la *Crónica*. Cervantes de Salazar dirige su alabanza a la ciudad de españoles que se ha erigido en el centro de México. Para él, los naturales son intrusos o parte del paisaje. Nunca pone en duda la soberanía y derechos de los conquistadores y sus descendientes. Esta es una de las principales causas por las que escribe su obra.

Alfonso Reyes sugiere que, ante la deificación de los hechos de la conquista por el propio Cortés (y Gómara), surgen dos reacciones: una “bronca”, de Bernal Díaz, y otra “apacible”, de Cervantes de Salazar, “a quien los conquistadores, que formaban la mayoría del Cabildo, nombrarán un día Cronista de México, deseosos de que recogiera en su noble prosa los datos verídicos y las rectificaciones que le iban proporcionando”.³

² Utilizamos, aquí, la edición de la Sra. Nuttall, *Crónica de la Nueva España*, pról. Manuel Magallón (Madrid: The Hispanic Society of America, 1914). Cuando nos referimos en específico al libro cuarto, caps. XXIV y XXV, sólo indicamos entre paréntesis la página donde se encuentra la cita. En cualquier otro caso, indicamos libro, capítulo y página.

³ Alfonso Reyes, *Letras de la Nueva España*, OC, vol. XII, p. 313. Cabe decir que sus rectificaciones también fueron tendenciosas.

Ratifica la división de la ciudad en dos partes bien delimitadas: “Está puesta la población de los españoles entre los indios del México y del Tlatelulco, que la vienen a cercar casi por todas partes” (316). Sobre esto escribe Peggy K. Liss: “Aunque los indios trabajaron para los españoles, la Corona decretó que vivieran aparte... A ese efecto, en 1523 las órdenes reales pusieron en marcha en la Nueva España una especie de *apartheid* rudimentario”.⁴

De hecho, se conservan las cuatro grandes divisiones de la ciudad prehispánica, y se cristianizan sus nombres. Había, sin embargo, tres marcadas secciones en la metrópoli: la zona que iba hacia el sur por Iztapallapan, y que propiamente se conocía como México; el barrio de Santiago de Tlatelolco, que se extendía hacia el norte; y la ciudadela del centro de la ciudad, morada de los españoles. Esta última semejaba una fortaleza donde habitaba la nueva aristocracia extranjera. Ventanas moriscas, muros macizos, troneras, saeteras, y torres, pertrechaban a los nuevos habitantes de una posible insurrección Azteca. La experiencia les enseñaba a ser previsores. La ciudad española está en seco, perdiendo algo de su parecido a Venecia. “El suelo es todo llano en la mayor parte dél; antiguamente había agua”, escribe Cervantes de Salazar (316). Lo que nos recuerda cómo Cortés mandó cegar las acequias de la ciudad y tirar las casas para correr los caballos y unir los tres campamentos que sitiaban a los mexicanos.

El aplanamiento de la ciudad y la paulatina desecación de los lagos era ya una realidad. Gran parte de los canales de la gran Tenochtitlan habían desaparecido. El agua de los lagos, debido (entre otras causas), a la tala inmoderada de los bosques vecinos, empezó a descender. Motolinía afirma:

México en el tiempo de Moteuhçoma, y cuando los españoles vinieron a ella, estaba toda cercada de agua, y desde el año de mil y quinientos y veinte y cuatro siempre ha ido menguando.⁵

⁴ Peggy K. Liss, Orígenes de la nacionalidad mexicana, 1521-1556, México: FCE, 1986, p. 86.

⁵ Motolinía, Historia, trat. III, cap. VIII, p. 326.

Cervantes de Salazar apunta, por su parte, que la cantidad de agua pluvial disminuye, acaso también por la misma causa:

Suele llover, cuando es la furia, treinta y cuarenta días arreo, sin cesar, y dicen los indios viejos que después que vinieron los españoles no llueve tanto, porque antes solía durar la pluvia sesenta y ochenta días sin escampar..." (Libro I, cap. IV, p. 10)

Las lluvias, a diferencia de España, comienzan en mayo y acaban en octubre. En verdad, la ciudad de México sólo distingue la época de lluvias y la carencia de ellas. Hablar de estaciones en la capital es, como se sabe, una imposición lingüística. Todo el año hace sol y la benevolencia del clima es constante. De allí nace la idea de la "primavera mexicana", de que hablará Balbuena.⁶

Lo cierto es que la ciudad fundada en el agua empieza a desdibujarse desde la época colonial. Hacia el año 1900 los lagos, que llegaban a tener hasta ciento cincuenta kilómetros de perímetro, casi desaparecen por completo, dejando un subsuelo lodoso y una carencia tremenda de agua. "Nuestro siglo, escribe Alfonso Reyes, nos encontró echando la última palada y abriendo la última zanja".⁷

Sin embargo, la ciudad de México novohispana parece conservar su antigua grandeza. A pesar de su destrucción, renace de entre sus ruinas y se convierte en una urbe de gran actividad, centro económico y financiero de todo lo conquistado hasta ese momento. La metrópoli de amplias avenidas y opulentas mansiones ha resurgido, casi como si cambiara de vestidura y continuara:

...las calles todas son tan anchas que holgadamente pueden ir por ellas dos carros que el uno vaya y el otro venga, y tres a la par; son muy largas y derechas, pobladas de la una parte y de

⁶ "Para nosotros resulta un lenguaje exótico el que los europeos se refieran al juego de las estaciones porque con ligerísimos cambios disfrutamos de un otoño perpetuo o, mejor todavía, de una primavera atemperada" (Fernando Benítez, *Los primeros mexicanos*, México: Ediciones ERA, 1985, p. 43). Desgraciadamente, desde hace ya varias décadas el smog, inversiones térmicas, y la lluvia ácida, han alterado esa antigua bonanza del clima.

⁷ Alfonso Reyes, *Visión de Anáhuac*, OC, vol. II, p. 15.

la otra por cuerda de casas de piedra, altas, grandes y espaciosas, de manera que, a una mano, *no hay pueblo en España de tan buenas y fuertes casas.* (316. Énfasis nuestro)

En menos de medio siglo hemos pasado de aquella avenida de Iztapallapan que maravilló a Cortés, “tan ancha como dos lanzas, y muy bien obrada, que pueden ir por ella ocho de caballo a la par”,⁸ a las amplias avenidas novohispanas, donde transitan “dos carros, que el uno vaya y el otro venga”, y hasta “tres a la par”.

Vemos, pues, los caballos, ya unidos a la historia de la ciudad de México desde la primera llegada de los españoles. Balbuena (por citar uno de los principales), se detendrá más tarde ante la impresionante caballería mexicana. Surgen las casas de aquella primera “aristocracia militar”⁹ (fundada por Cortés y sus hombres), y se erigen hermosas mansiones “altas, grandes y espaciosas”, mayores que las de España.

En medio de la plaza central “que es la mayor que hay en toda Europa” (316)¹⁰, se encuentra la catedral que, para el cronista, no corresponde a la grandeza del Zócalo y parece “más ermita que templo sumptuoso” (316). Cortés había repartido grandes casas y solares entre sus más allegados amigos y seguidores y “culpánle todos, apunta Cervantes de Salazar, de no haber hecho iglesia, conforme a la grandeza de las casas; los que le defienden, dicen que era su pensamiento hacer el templo más sumptuoso que el de Sevilla, y por no haber entonces oficiales españoles lo dexó...” (Libro II, cap. XXVII, p. 99) Bernardino Vázquez de Tapia, vecino y regidor de la ciudad, fue uno de lo que lo acusó de no haberla edificado por construir sus propias casas y las de sus amigos. En la hueste conquistadora, Vázquez de Tapia había sido capitán de importancia:

⁸ Hernán Cortés, Cartas y relaciones de Hernán Cortés al Emperador Carlos V, ed. Pascual de Gayangos, París: Imprenta Central de los Ferro-carriles, 1866, Carta II, p. 83. Usamos esta edición porque, a pesar de su antigüedad, es una de las más acertadas en la transcripción del original de Viena.

⁹ Ver Peggy K. Liss, Orígenes, p. 95.

¹⁰ Léase “mayor que todas las que hay en Europa”.

“...de los cuales trece de a caballo yo fui uno”.¹¹ Lo cierto es que para 1560, cuando Cervantes de Salazar escribe, apenas se inicia la nueva catedral de modo que “no la verán acabada los vivos, según la traza con que se pretende hacer” (316). Casi un siglo más tarde, se terminará la construcción.¹²

El Zócalo

Cervantes de Salazar se detiene a describir en detalle la gran plaza central que comúnmente se ha llamado el Zócalo. Fue el gran centro ceremonial de los Metzitin-Tenoçkah y legendariamente el sitio donde sus caudillos, Metzitli y Tenoç, vieron un águila parada sobre un nopal, con un ramo de plumas preciosas (en señal de poder) en un islote predestinado para fundar la ciudad. Después se substituirá con la serpiente. Era (y es), como se sabe, el escudo de armas de la nación.¹³

La acera que ve al oriente, escribe el cronista, está cercada por portales y tiendas, y “ocupa una casa que Hernando Cortés hizo, en la cual residen el Virrey y Oidores” (libro IV, cap. XXVI, p. 316). Es tan grande esta casa que “hay dentro la cárcel real, la casa de la moneda, una plaza donde está una tela donde los caballeros se exercitan, aliende de muchos patios y jardines que tiene el aposento del Virrey e Oidores” (316-317).

Mirando hacia el norte, la acera “por la cual pasa la principal acequia de la ciudad” (317), se hallan las casas de cabildo, la caja real y la fundición, “y adentro la platería” (317). Además está la Audiencia de los alcaldes ordinarios. Hermosos portales de cantería la adornan y le dan gran presencia.

¹¹ Ver la Relación de méritos y servicios del conquistador Bernardino Vázquez de Tapia, vecino y regidor de esta gran ciudad de Tenustitlan, México: Antigua Librería Robredo, 1953, p. 30.

¹² Ver García Icazbalceta, “La antigua catedral de México”, Obras, vol. I, pp. 387-419.

¹³ Manuel Orozco y Berra escribe: “El emperador Carlos V concedió a México el título de muy leal, insigne e imperial, en 1523; usaba de las armas que tenía en tiempo de su gentilidad, que eran un águila sobre un tunal, con una culebra en el pico, al pie del tunal las aguas del lago” (La Ciudad de México, México: Editorial Porrúa, 1987, p. 56).

Con vista hacia el poniente se hallaban “las casas del Marqués del Valle”, escribe Cervantes de Salazar, “que son mayores y de mayor majestad que las del Conde de Benavente en Valladolid...” (317) Hoy se encuentra allí el Palacio Nacional. Entonces, las habitaba el gobernador Pedro de Ahumada Sámano, y era una casa de enormes dimensiones, llena de lujo, sirvientes y actividad.

Desde el 6 de julio de 1529, por decreto real firmado en Barcelona, Cortés fue nombrado Marqués del Valle de Oaxaca. Gran reconocimiento, pero también, como señala Peggy K. Liss, “una restricción eficaz”.¹⁴ La Corona tuvo desde un principio representantes reales que minaban el poder del conquistador. Concretamente, la segunda Audiencia “debía expropiar mediante compra, y para su uso oficial, el palacio que tenía en la capital”.¹⁵ Las casas de Cortés, que simbolizaban su gran poder, ya no pertenecen a su familia cuando escribe Cervantes de Salazar.

En la misma calle se halla las casas de los principales conquistadores: “...las del Adelantado Montejo, las de Alonso de Ávila, Alvarado” (317). En el preciso sitio donde vivían los de Ávila, se descubrieron, en 1977, los restos del Templo Mayor de Tenochtitlan. Durante más de cuatro siglos se desconoció el lugar exacto del gran Teokalli de la capital Aztekatl. Dichas excavaciones lo situaron definitivamente, viendo hacia el poniente y a un lado de Palacio Nacional. Mencionemos que fray Diego Durán, desde 1570, ya había señalado el sitio exacto del templo:

El ídolo que vamos tratando [Vitzilopoçtli] era tan temido y reverenciado de toda esta nación, a que él sólo llamaban “Señor de lo criado y Todopoderoso”, y a éste eran los principales y grandes sacrificios, cuyo templo era el más solemne y suntuoso, mayor y más principal entre todos los de la tierra. Del cual oí siempre a los conquistadores contar muchas excelencias de su altura y hermosura y galán edificio y fortaleza. *Cuyo sitio era en las casas de Alonso de Ávila, que agora están hechas muladar.*¹⁶

¹⁴ Peggy K. Liss, Orígenes, p. 100.

¹⁵ *Ibid.*, p. 101.

¹⁶ Durán, Historia de las Indias, vol. I, sec. 1a., cap. II, p. 18. Énfasis nuestro.

Los estudiosos de la historia de México habían pasado por alto este dato, por lo que transcurrieron cuatro siglos antes del azaroso hallazgo de 1977.

Es importante señalar que Cervantes de Salazar describe la ciudad que conoce, donde habita, enseña y convive con sus vecinos; algunos, importantes primeros conquistadores. La plaza, además de su magnificencia y amplitud, estaba adornada por cuatro torres: dos que se hallaban en las esquinas de la casa del Virrey y Oidores, una en la casa de Montejo y otra en la de Juan Guerrero.

La acera que ve hacia el sur, está ocupada por los terrenos de lo que será más tarde la catedral y continúa por la calle de Tlakopan (ahora Tacuba), verdadero centro mercantil de la ciudad. Por ser la salida más cercana a tierra firme, se establecen toda clase de tiendas y contrataciones:

Por la una acera y por la otra hay gran bullicio y ruido de todo género de oficiales, herreros, caldereros, carpinteros, zurradores, espaderos, sastres, jubeteros, barberos, candeleros y otros más. (Libro IV, cap. XXV, p. 319)

Vemos ya aquí a una sociedad en ebullición que adelanta temas de la próxima *Grandeza Mexicana*. Por el tipo de oficios que se mencionan, la presencia del mundo español es ya un hecho. Tacuba y otras calles, eran la contrapartida del antiguo Tlankiztli (mercado) Aztekatl. Una naciente economía hispana convive con la anterior. Hierro, cuero, madera y cera son cuatro productos que se trabajan de distinta manera. Nuevas necesidades y modas para nuevos habitantes en una ciudad que quiere parecerse al Viejo Mundo.¹⁷

Aunque allanado, México sigue en gran parte construido en medio del agua. La salida hacia Tlakopan, tan importante en la historia de la conquista, continúa su primacía en la Colonia. Su llegada a tierra firme, donde los conquistadores establecen sus casas de recreo, es ensalzada por Cervantes de Salazar debido a su belleza:

¹⁷ Ver Federico Gómez de Orozco, *El mobiliario y la decoración en la Nueva España en el siglo XVI*, México: UNAM, 1983.

Es ésta la más hermosa y vistosa calle de la ciudad; sálese por ella derecho a las huertas. Es ésta la más hermosa salida que hay en muchas partes del mundo, por la grandeza y muchedumbre de las huertas, por el agua de pie y fuertes y hermosas casas de placer. (319)

La ciudad y la sociedad están fuertemente separadas. Erigida como pequeña aristocracia, la clase de los conquistadores (primeros y segundos), habita en su centro y se fortifica. En las atarazanas se encuentran, “*ad perpetuam Rex memoriam*, puestos por su orden, los trece bergantines que el Marqués mandó hacer a Martín López, con los cuales se ganó esta ciudad” (318). Testimonio del sitio de Tenochtitlan, las embarcaciones se conservan como símbolo victorioso del triunfo hispano. Asimismo, se colocan al fin de la calle Tacuba, hacia el este, como precaución, en recuerdo de la *Noche Triste*.

El fantasma de esa derrota no desapareció de la mente de los conquistadores. Vázquez de Tapia confirma en sus respuestas al juicio de residencia, que los capitanes y soldados de Cortés pedían (en contra de la voluntad del caudillo), que la ciudad se estableciera en las afueras del lago.

Iglesias, monasterios, hospitales y colegios

La Iglesia acompañó a la conquista en todo momento. Bartolomé de Olmedo, mercedario, y el capellán Juan Díaz, iban con el ejército de Cortés. En 1523, una vez ganado México, llegan los tres franciscanos de Flandes: fray Pedro de Gante, fray Juan de Tecto y fray Juan de Ayora. Se instalan entre los vencidos y comienzan a evangelizar. El grupo conocido como “los Doce” (franciscanos españoles encabezados por fray Martín de Valencia), desembarca en Veracruz en 1524. Entre ellos se halla fray Toribio de Benavente, quien tomó el nombre de Motolinía, al saber que significaba “el pobrecito” en lengua mexicana.

Los primeros dominicos llegan en 1526, y en 1528; y, “a petición

de Cortés, escribe Peggy K. Liss, la emperatriz envió a México dieciséis mujeres, entre ellas nueve monjas, para que instruyeran a muchachas indias”.¹⁸ Bartolomé de Las Casas arriba a México en 1531 con Sebastián Ramírez de Fuenleal, quien había sido obispo de Santo Domingo desde 1516, y será el presidente de la segunda Audiencia de la ciudad de México. Vasco de Quiroga se encuentra entre los cuatro clérigos que la conforman. Los agustinos llegan en 1533.

Claramente, la Corona se vale de prelados eminentes para contrarrestar el poder y los abusos de los conquistadores. Así, imponen respeto entre los españoles y defienden a sus nuevos súbditos. La tarea evangelizadora, la conversión y la protección del indio se procuran dar al mismo tiempo. Lo cierto es que “a mediados de siglo, el clero regular había logrado establecerse como el intermediario más directo y accesible entre los nativos, el gobierno y Dios”.¹⁹ Claro que también los frailes. Los primeros pasos de la cultura y la educación en la Nueva España corresponden a las órdenes religiosas. “Y sobre eso, escribe Alfonso Reyes, luchar con la oposición de la casta conquistadora, que no deseaba muy instruidos a quienes sólo quería esclavos”.²⁰ El expansionismo religioso siguió de cerca al militar, aunque de manera más sutil.²¹ El mexicano derrotado vive fuera de su antigua capital. Los conquistadores en el centro. Los evangelizadores inician la costumbre de “poner sus iglesias y casas junto a las de los señores y caciques, escribe García Icazbalceta, para tener más entrada con ellos en las cosas de la conversión”.²²

También las iglesias se dividen. La capilla de San José es la de los vencedores: “...tiene siete naves, caben en ella toda la ciudad de

¹⁸ Peggy K. Liss, *Orígenes*, p. 128, n. 3.

¹⁹ *Ibid.*, p. 128.

²⁰ Alfonso Reyes, *Letras de la Nueva España*, OC, vol. XII, p. 301.

²¹ Sobre el tema de la evangelización, ver Robert Ricard, *La conquista espiritual de México*, México: FCE, 1986; y Hans-Jürgen Prien, *Die Geschichte des Christentums in Lateinamerika*, Göttingen: Vandenhoeck und Ruprecht, 1978.

²² García Icazbalceta, “La Iglesia y Convento de San Francisco de México”, *Obras*, vol. II, p. 381.

españoles cuando hay alguna fiesta” (libro IV, cap. XXV, p. 319). García Icazbalceta hace una importante distinción: “La capilla de *San José de los Españoles*...que no conviene equivocar con la famosa parroquia de *San José de los Naturales*, edificada por Fr. Pedro de Gante, ocupaba el lugar de la que después se llamó de *El Señor de Burgos*, en la calle de San Juan de Letrán: hoy se han fabricado allí casas particulares, y no quedan ni vestigios de la capilla”.²³ Los mexicanos también asistían a San Pablo o a San Antonio, sobre la calzada de Iztapallapan. Asimismo se habían edificado los templos de Santa María la Redonda y San Juan, Santa Catalina, San Sebastián y Santa Ana. A partir de esta iglesia comenzaba el barrio de Santiago de Tlaltelolco.

Tres monasterios, el de los agustinos (el más suntuoso), el de los franciscanos (mediano, aunque con grandes patios y huertos), y el de los dominicos, sirven de puente entre las dos razas antagónicas. Los franciscanos tienen su monasterio “de gentil edificio, e gran sitio, donde acude las fiestas a oír misa y sermón toda aquella población [de Tlaltelolko]” (libro IV, cap. XXV, p. 320).

Ermita importante fue la Capilla de los Mártires, edificada por Juan Tirado, “hombre de ánimo y muy buen cristiano, devoto de Sant Acacio y de los diez mill Mártires” (libro IV, cap. CXXIV, p. 494), en memoria de los muertos de la *Noche Triste*. Mientras el conquistador vivió, hizo decir misa por sus compañeros. Igualmente, la iglesia de San Hipólito, la cual “se edificó en memoria de la toma de México” (494).²⁴

Una de las celebraciones más significativas de la sociedad novohispana fue la conocida como el “Paseo del Pendón”, cada 13 de agosto, en que se festejaba la caída de Metziko-Tenoçtitlan. Cervantes de Salazar describe la conmemoración:

Acostumbra casi desde entonces el Regimiento y Cabildo desta ciudad sacar el estandarte la víspera deste sancto y el día

²³ *Ibid.*, p. 408.

²⁴ Cervantes de Salazar escribe más adelante que, “ambos templos están hoy en pie, aunque mal reparados” (libro V, cap. CXCVII, p. 742).

siguiente por la mañana, con la mayor pompa y autoridad que puede; sácanle los Regidores por su orden, aunque por merced particular de Alférez, le sacó una vez Rodrigo de Castañeda. Acompañanle el Visorrey, Audiencia, Arzobispo y Obispos que al presente se hallan, con todas las demás personas principales de la ciudad. Sácanle de las casas de Cabildo e vuélvenle a ellas. Hay misa cantada y sermón aquel día, e yo he predicado algunas veces. (Libro V, cap. CXCVII, p. 742)²⁵

Sin duda era una de las fiestas principales de la nueva ciudad. Paseo de victoria y de reafirmación civil y religiosa celebraba la instauración del poder español en México. El hecho de que Cervantes de Salazar haya predicado en dicha ocasión, indica su alta posición en esta incipiente sociedad. Era hombre respetado por su saber.

El hospital a la manera hispana hace su aparición: “se consideraba..., escribe Mario Macías Villada, como una institución destinada a cumplir los deberes cristianos”.²⁶ En 1524 se funda el Hospital de la Limpia Concepción, y en 1527 el de Jesús Nazareno (o sencillamente Hospital de Jesús), que establece Cortés y más tarde asegura en su testamento. “El edificio fue réplica del entonces grandioso Hospital de las Cinco Llagas de Sevilla”.²⁷ Es una de las construcciones coloniales más antiguas que se conservan en la ciudad. Allí se hallaron los restos de Cortés en 1946. El Hospital de las Bubas o de los Incurables data de 1540 y fue fundado por fray Juan de Zumárraga. Subsistió hasta 1788 en que pasó a ser parte del Hospital de San Andrés (y después fue el Hospital General). Allí se curaba a los enfermos de morbo gálico o sífilis. El Hospital de San Hipólito, anexo a la iglesia del mismo nombre, fue construido por Bernardino Álvarez, soldado de la conquista que ayudó en la

²⁵ Ver García Icazbalceta “La Fiesta del Pendón en México”, Obras, vol. II, pp. 443-451.

²⁶ Mario Macías Villada, “Los Hospitales de la Ciudad de México”, Curso de Historia de la Ciudad de México, vol. II, p. 40.

²⁷ *Ibid.*

pacificación de Zacatecas, y que fue enfermero durante los últimos años de su vida.

Los Aztekah tenían grandes conocimientos de medicina. Aunque reprimidos, los médicos prehispánicos (tildados de yerberos, brujos, chamanes o hechiceros), siguieron practicando en los mercados, tanto para mexicanos como para españoles, como veremos.

La educación en México está unida al endoctrinamiento religioso. Se fundan colegios que segregan a los habitantes: lo hay para los Aztekah, (el de Santa Cruz de Tlaltelolko, inaugurado el 6 de enero de 1535), para los mestizos (el de San Juan de Letrán y el de la Concepción), y más tarde la Universidad, en 1551 (establecida oficialmente en 23 de enero de 1553), donde Cervantes de Salazar impartirá clases de retórica a los hijos de los españoles.

El Colegio de Tlaltelolko, “también de buen edificio y muy grande” (libro IV, cap. XXV, p. 320), educa a los hijos de los antiguos nobles Aztekah. A pesar del esfuerzo de los franciscanos por mantener la instrucción y respetar la capacidad intelectual de los mexicanos, había franca oposición. Cervantes de Salazar se encuentra entre quienes no toleraban la educación (y la ordenación) de los vencidos:

...hay muchos indios con sus opas, que aprenden a leer, escribir y gramática, porque hay ya entre ellos algunos que la saben bien, aunque no hay para qué, porque por su incapacidad no pueden ni deben ser ordenados, y fuera de aquel recogimiento no usan bien de lo que saben. (320)

La actitud de intolerancia y racismo (común en la España de la época) ante la educación del mexicano fue una de las fracturas más fuertes de la sociedad novohispana que, con dificultades, otorgó a los antiguos habitantes, el derecho a educarse y la posibilidad de desarrollo que antes sí tenían.²⁸

²⁸ Para la educación prehispánica ver Juan Luna Cárdenas, *La Educación Aztekatl*, México: Editor Vargas Rea, 1953); y José Antonio Murillo Reveles, “Sistema de Educación Azteca”, Curso de Historia de la Ciudad de México, vol. II, pp. 33-37.

El Colegio de San Juan de Letrán se ocupaba de los hijos de conquistadores e indias. También se le conocía como el Colegio de los Niños Huérfanos o de la Doctrina. Se les enseñaba a leer, a escribir y a recitar el catecismo. Se hallaba junto al monasterio de San Francisco. Existía también en la misma zona, el Colegio de las Huérfanas, que recibía a las mujeres, “para ser enseñadas en la doctrina cristiana y estar recogidas, aprendiendo a labrar y coser, hasta que es tiempo de tomar estado” (libro IV, cap. XXVI, p. 320). Los distintos grupos religiosos se hallaban a cargo de la educación de los mestizos y de los sobrevivientes Aztekah, mientras se pudo. Pero había rechazo hacia ellos. Poco a poco fueron cayendo en la ignorancia. Hay que preguntarse sobre el nombre de “huérfanos” con que se denominaba a los niños y niñas abandonados por sus padres. “Por cincuenta años, escribe R.C Padden, la palabra *mestizo*, fue sinónimo de bastardía”.²⁹

A pesar de todo, se va formando una nación en donde se destacan personajes importantes de los diferentes grupos sociales (peninsulares, criollos y mexicanos), que dejan monumentales obras de arte, en el campo literario y arquitectónico, y que poco a poco crean una nueva sociedad.

Imagen y psicología del vencido

Si Gómara tiene un fuerte prejuicio contra el amerígena, Cervantes de Salazar lo comparte. Era propio de la segunda mitad del siglo XVI. Al describir las condiciones de los habitantes de México, los menosprecia:

Son, pues, los indios, en general, amigos de novedades, créense de ligero, son pusilánimos; no tienen cuenta con la honra, poco deseosos de adelantar su honra y nombre y opinión; tan dados a cerimonias, que a esta causa afirman muchos descender del linaje de judíos; son medrosos...; son vindicativos por extremo, y por livianas cosas traen entre sí pleitos... (Libro I, cap. XVI, p. 30)

²⁹ R.C Padden, *The Hummingbird and the Hawk*, p. 232. “Born to a callous world, its member for the most part lacked familial ties and had no juridical status, no identity, no legal existence...” (*Ibid.*).

Acaso el origen noble de Cervantes de Salazar y su calidad de español en tierra conquistada explican este racismo. Hay palabras duras en exceso, hay absurdos: “Son amigos de vil gente, y así se hallan mejor con los negros, mulatos y mestizos que con los españoles...” (32) Cervantes de Salazar reconoce que tenían dirigentes de cierta inteligencia: “no excluyo, escribe, haber algunos de buen entendimiento... por las leyes que tenían” (30). Eso no es poco, pero en su mayoría los considera bárbaros y bestiales:

...pues hacían tantas cosas contra toda ley natural, que aun hasta las bestias, con su natural instinto, guardan, pues adoraban las piedras y animales que eran menos que ellos; sacrificaban a los que menos podían, procurando en otros lo que no querían para sí, frecuentaban el pecado de sodomía...hasta que Dios fuese servido, por su oculto e inescrutable juicio, de enviar a los españoles... (32)

Cervantes de Salazar comparte con otros cronistas españoles la “visión mesiánica” de la conquista, y el terror ante la religiosidad y costumbres prehispánicas. Francisco López de Gómara –y muchos otros— compartían estos prejuicios de época.

Los acusa también de simples, ingratos, mudables, borrachos, torpes, tragones, “amigos de estarse ociosos si la necesidad del mantenerse no los fuerza tanto, *que se estarían un día entero sentados en cudillas*” (30. Énfasis nuestro). Al igual que Gómara, para Cervantes de Salazar, “la causa es ser muy flemáticos” (30). ¿Y no se podría encontrar en esta imagen la primera referencia al “indio sombrero”, sentado en cuclillas, estereotipo de la “idiosincrasia del mexicano”, y que persiste hasta nuestros días? Rebajado a calidad de bestia o esclavo, el mexicano se repliega en sí mismo y cae en un silencio secular. Tragedia propia de los pueblos vencidos.

El español, situado en la cúspide de la sociedad, no hace las cosas; los vencidos las hacen por él. Desde un principio, la sociedad se divide y las diferencias de castas se manifiestan más tarde como clases sociales. Una rígida organización política, militar y religiosa,

sustituye a las antiguas instituciones Aztekah y, escribe con ironía Alfonso Caso, “amenaza con el infierno en la otra vida, al que se atreve a salir del infierno en ésta”.³⁰ “¿No explicará, en gran parte la indolencia latinoamericana, se pregunta el historiador y arqueólogo mexicano, tantas veces señalada, este origen de nuestras naciones? ¿Este descansar sobre otros, no será la explicación de nuestra falta de energía..?”³¹ Y esa imagen imprecisa del mexicano que registra Cervantes de Salazar, se halla muy lejos de la que vio Cortés a menos de medio siglo de distancia.

Interesante es notar, también, que Cervantes de Salazar dirige sus ataques contra el pueblo Metzika en particular:

Entre todos los indios, *los mexicanos son los más maliciosos y de menos virtud*, y así lo fueron desde un principio, que por tiranía vinieron y tiránicamente poseyeron y ganaron lo que tenían, porque fueron advenedizos y despojaron a los otomies, que eran señores naturales. (Libro I, cap. XVI, p. 32. Énfasis nuestro)

Los reyes Tenoçkah provenían directamente de la dinastía de Akolhua, de Tetzikoko, descendiente directo del imperio Tultekatl. Las acusaciones de Cervantes de Salazar coinciden con las de Cortés y con las de los conquistadores que depusieron a la antigua nobleza Azteka del poder. Es importante aclarar el linaje de los reyes Tenoçkah. Akamapiçtli, primer rey mexicano, descendía directamente del rey Akolua, soberano de Azkapotzalko, Tenayokan y Tetzikoko, de la dinastía de Xolotl, heredera del reino Çiçimeka-Tultekatl. El mismo Gómara, hispanista por antonomasia, escribe, siguiendo a Motolinía:

Después que Acamapich se crió algunos años en Couatlichan, le llevaron a México, donde le tuvieron en mucho, *por ser de*

³⁰ Alfonso Caso, “Contribución de las culturas indígenas de México, a la cultura mundial”, México y la Cultura, p. 54.

³¹ *Ibid.*, pp. 54-55.

*tan alto linaje y legítimo heredero y señor de la casa y estado de Culúa... Tornó a ser señor de Culucán, como su padre lo fue; fue asimismo rey de México; y en él se comenzó a extender el imperio y nombre mexicana; y en cuarenta y seis años que reinó se ennobleció muy mucho aquella ciudad de Mexicotenuchtitlan. Dejó Acamapich tres hijos, que todos tres reinaron tras él, uno en pos de otro.*³²

Las palabras del historiador español prueban que los gobernantes de México procedían de una lejana dinastía hereditaria y bien conocida, en contra de la arraigada creencia que sostiene lo contrario. Se ha repetido de manera “oficial” que los Metzitin-Tenoçkah fueron intrusos y arribistas. El linaje indicado por Akamapichtli desdice esa arraigada afirmación. Los mexicanos no eran tiranos del valle de Anauak sino legítimos habitantes y fundadores de Metziko-Tenoçtitlan. Seguir insistiendo en esta idea es repetir un prejuicio generalizado y equivocado.

El mexicano, derrotado, perdido entre dos culturas, despojado de su antigua cosmovisión y del orgullo de su raza, cambia radicalmente. Olvida y es forzado a olvidar su origen. Ennoblecen todo lo que no comprende. Como resultado de la psicología del vencido, asimila en forma tergiversada la cultura de sus conquistadores. “Los indios todos se mueren por nuestro vino,” escribe Motolinía.³³ La tendencia a embriagarse como forma de rebeldía y el escape de la realidad (que todavía hoy azota a muchos grupos amerígenas) surge inmediatamente después de la conquista. Cervantes de Salazar acusa con injusta severidad a los mexicanos por esta conducta:

Lo que ganan de su trabajo, que, para lo que merecen, es mucho, no lo gastan en hacer casa, ni comprar heredad ni en

³² Gómara, “De los reyes de México”, *Historia de la Conquista de México*, vol. II, cap. CCXI, p. 220. Énfasis nuestro.

³³ Motolinía, *Historia*, trat. I, cap. XV, p. 214.

dar docte a las hijas con que se casen, sino en vino de Castilla, y, lo que peor es, en pulcre, que es un vino que ellos hacen, de mal olor y gusto, y que con más furia y presteza los emborracha y saca de sentido, que cuanto más se lo viedan, tanto más lo procuran. (Libro I, cap. XVI, p. 31)

Visión racista y prejuiciada contra los mexicanos y contra lo mexicano, en este caso el aguamiel y el pulque. Algunos naturales entran como sirvientes en la ciudad y en el mundo de los hispanos. Los demás viven apiñados en los barrios de las orillas. Aparece el “indio ladino”, bilingüe, pero frecuentemente astuto, sagaz y taimado:

Los indios ladinos, que son los que se han criado con los españoles, son más malisciosos que virtuosos. La razón es porque temen poco y son más inclinados a lo malo que a lo bueno; *cuando están borrachos hablan en romance y descubren el odio que tienen a nuestra nación...* (31. Énfasis nuestro)

Como los antiguos ilotas, los sirvientes borrachos escupen la verdad a sus amos. El “indio ladino” acumula y expresa su antiespañolismo desde un principio. En la opresión y disminución de su pueblo, el mexicano nutre su odio contra lo español, sentimiento que llega muchas veces hasta hoy. Para Cervantes de Salazar, esto es un defecto más pues “son tan ingratos a los beneficios rescibidos, que aunque se hayan criado con los españoles muchos años, fácilmente los dexan...” (30)

La conquista deja una marca dolorosa en el nacimiento de México. Muchos de sus problemas y divisiones sociales, como vemos en estos pasajes, surgen desde un principio y persisten hasta hoy.

Servicios y mercaderías

El proveimiento de agua de la ciudad de México, apunta Cervantes de Salazar, es abundante, “y en cada esquina se hace un arca de piedra, donde los vecinos pueden tomar agua, sin la que entrará en

muchas casas” (libro IV, cap. XXV, pp. 320-321). Huertas y jardines pueblan las salidas de la ciudad. El virrey Luis de Velasco ha construido una casa en Çapoltepek (ahora Chapultepec). Hermoso sitio de placer de los conquistadores (vedado a los nativos), tiene una gran vista hacia la ciudad:

...sobre la casa, aunque pequeña, muy buena y sobre lo alto del bosque edificó él mismo una capilla redonda, la cosa más graciosa y de ver, que de su tamaño hay en toda la ciudad, tiene sus pretiles alderredor, de donde se parece toda la ciudad, laguna y pueblos, que verdaderamente es una de las mejores vistas del mundo. Hay en este bosque muchos conejos, liebres, venados y algunos puercos monteses. (321)

Los primeros años después de la conquista son todavía de franca rebeldía Azteca, al grado de que, escribe Cervantes de Salazar, “por muchos días después de ganado México, ninguno salió de la ciudad más de hasta Chapultepec, porque así convenía” (libro VI, cap. XIII, p. 764). Ahora el legendario parque es el lugar de recreo y deleite de la pequeña aristocracia novohispana.

Los mexicanos se muestran renuentes a relacionarse con la mayoría de los españoles. Llegó a tal punto la situación que el virrey Mendoza, “ordenó que a la gente que acudía a esos dos tianguetz [al de Tlaltelolko y al de San Juan, en los barrios periféricos], se juntase, miércoles y jueves, en otra plaza muy grande, más cerca de la población de los españoles que se llama el tianguetz de Sant Hipólito” (libro IV, cap. XVIII, p. 303.).

Si los religiosos son los primeros en aproximarse resueltamente a las masas de nativos congregados en los barrios de Santiago de Tlaltelolko y San Francisco de México, el otro punto de contacto es el mercado. Tres órdenes constituían la base de la sociedad prehispánica: el civil, plasmado en los palacios del rey; el religioso, en el conjunto de pirámides; y el económico, en los mercados. De los tres, sólo este último sobrevive a la destrucción. La comida Azteca se filtra en la sociedad novohispana y llega hasta hoy. Es

parte del mestizaje, del lado español. Cervantes de Salazar, prejuiciado en otros aspectos, se entusiasma ante los productos mexicanos. Alaba el maguey tanto como Motolinía y Las Casas:

Hácese del maguey miel, azúcar, vinagre, vino, arroyo y otros brevajes que sería largo contarlos... sólo este árbol puede ser mantenimiento, bebida, calzado y casa donde el indio se abrigue; tiene virtudes muchas que los indios médicos y herbolarios cuentan, no sin admiración, especialmente para hacer venir leche a la mujer, bebido su zumo, con el cual se sanan todas las heridas. (Libro I, cap. V, p. 12)

Era tal el uso que los Aztekah hacían del maguey, que lo tenían entre sus fuerzas espirituales, como Mayahuel. Entre los derivados que más han subsistido hasta hoy están el Mekatl “mecate”, hechos de pencas secas, del que “se hacen cuerdas y maromas muy fuertes, de que, en lugar de cáñamo, se sirven todos los indios y españoles” (12). Como vemos, los nuevos habitantes adquieren paulatinamente la comida y las costumbres del pueblo vencido, *asimilándose* casi sin darse cuenta, formando un nuevo vivir y sentir mexicano, diferente del Azteka y diferente también del español.

La virtud de Cervantes de Salazar en su testimonio sobre los alimentos del país radica en que, a diferencia de Gómara, al hablar de frutos, flores, plantas y hierbas, trata de lo que ha visto y probado. Su *Crónica* transmite un realismo y una vivencia que otros escritores no tienen. El mismo entusiasmo expresado por Cortés en el mercado de Tlaltelolco, persiste a su modo medio siglo después en Cervantes de Salazar.

Así, nos habla del plátano, “el cual es cosa maravillosa” (12); el guayabo, “provechoso para las cámaras” (12);³⁴ el puruétano, “cuya fruta es más dulce que dátiles” (12); es decir, el chicozapote y, añade, “de este fruto se saca cierta cera que, mascada, enblanquece los dientes y quita la sed a los trabajadores” (12). Se refiere, aquí, al

³⁴ Actualmente el Instituto Mexicano del Seguro Social distribuye gratuitamente entre la población la infusión de guayaba para combatir la diarrea entre los niños.

chicle o goma de mascar. Asimismo, alaba el aguacate, “que ayuda a la digestión y al calor natural” (12); la tuna, “la cual huele a camuesas y es muy sabrosa” (13); la cochinilla, “que es grana preciosísima” (13); el anona, “es sana y cierto, fructa real” (13); el mamey, cuya “carne parece jalea en olor, sabor y color” (13); el cacao, “bébese en cierta manera en lugar de vino o agua; es substancioso; no se ha de comer otra cosa después de bebido” (13). En cuanto a esta “almendra monetaria”, Cervantes de Salazar refiere que su uso e intercambio forma parte de la economía novohispana, pues es “moneda entre los indios y españoles, porque cient almendras más o menos, según la cosecha, valen un real” (13). Contamos, aquí, con otro indicador de la asimilación del español a la cultura nativa. Y la abundancia de productos que México le ha heredado al mundo, hizo escribir a Alfonso Caso: “nunca México ha contribuido como al momento de ser descubierto, con más abundantes y más valiosas aportaciones a la cultura universal”.³⁵

Un detalle singular que registra Cervantes de Salazar es la presencia de las tiendas de comida “no solamente en los mercados, pero en muchas esquinas de casas, que es cosa maravillosa y pone espanto, donde se consume tanto mantenimiento...” (libro IV, cap. XIX, p. 307) Curioso y revelador, pues estos puestos callejeros y ambulantes subsisten en las calles de la ciudad actual. Cervantes de Salazar se impregna de la cultura mexicana (la alimenticia al menos) y nos transmite su emoción. Su testimonio sobre los alimentos tiene la frescura de los mismos productos que retrata. Presentará mal a los mexicanos por convicción o conveniencia, pero consciente o inconscientemente, se ha hecho a la nueva tierra.

Ósmosis cultural

Si bien los conquistadores y sus herederos, funcionarios reales y eclesiásticos forman una nueva aristocracia, sus hábitos y costumbres se empiezan a *mexicanizar*. La parsimonia de los nativos, su rica alimentación y la benevolencia del clima, van creando un nuevo

³⁵ Alfonso Caso, México y la Cultura, p. 75.

tipo que sin ser completamente americano, ha dejado de ser español. El novohispano pierde quizás en ímpetu, pero gana en cortesía. La lengua se vuelve más amable. Se usa el diminutivo para dar delicadeza a las palabras. Surge una nueva personalidad, trágica y silenciosa, a la vez que serena y amable.

La cocina tiene fuerte base en los alimentos de la tierra conquistada. Por todas partes se usa la planta de maíz en lugar del trigo: “cómenla los hombres, las aves y las bestias” (libro I, cap. VI. p. 14). Incluyen en su dieta diaria Ayohtli “calabaza”, chía, c[h]ilacayote, etle “frijoles” [frijoles], batatas o camotes, jícamas, chayotes, xonacates (especie de cebollas), etc. La lengua se enriquece con mexicanismos que se incorporan al castellano. Bastantes hasta hoy.

Dos productos especialmente preciados por los Aztekah se vuelven novohispanos: el ají o chile y el tabaco. Escribe Cervantes de Salazar:

El agí sirve de especia en estas partes; es caliente, ayuda a la digestión y a las cámaras; es apetitoso, y de manera que los más guisados y salsas se hacen con él; usan dél no menos los españoles que los indios. (15)

Acompañan al picante los tomates “para templar el calor del agí” (16). Vemos, desde los inicios de esta sociedad novohispana, el gusto por las especias y las salsas, rasgo distintivo del mexicano de ayer y de hoy. En cuanto al Picietl (especie de tabaco) se utiliza entre los españoles por sus propiedades anestésicas y curativas:

El piciete es semilla pequeña y prietezuela; la hoja es verde, seca, y revuelta con cal, puesta entre los labios y las encías, adormece de tal manera los miembros, que los trabajadores no sienten el cansancio del trabajo, ni los puestos a tormento sienten con mucho el dolor, y el que durmiere en el campo y lo tuviere en las manos o en la boca, estará seguro de animales ponzoñosos, y el que lo apretare en los puños y subiere a alguna sierra, sentirá en sí aliento y esfuerzo; los que tienen

dolores de bubas lo toman para adormecer el dolor y poder dormir. (15)

Cervantes de Salazar muestra curiosidad y entusiasmo por conocer los productos de la tierra. Al estudiar la biblioteca del cronista, Millares Carlo encontró entre sus libros un *Vocabulario de la lengua mexicana* (probablemente el de Fray Alonso de Molina, editado en 1555),³⁶ así como también “un libro de yerbas” que le había prestado el célebre médico de cámara de Felipe II, el doctor Francisco Hernández, quien recopiló hasta mil doscientas variedades de plantas mexicanas.³⁷ El Dr. Ignacio Chávez refiere las peripecias de esta obra monumental:

Los diecisiete tomos de su obra *De Historia plantarum Novae Hispaniae*, formados con ese material y con su rica colección de estampas, fueron un tesoro inapreciable con el que se embarcó para España y que puso en las manos impacientes del rey, que había costado la expedición y que a veces lo apremiaba para dar cima al encargo.

Se preparó cuidadosamente la edición, que constaría de veinticuatro volúmenes de texto y 11 de ilustraciones. El tesoro real gastó en todo ello 60,000 ducados, cifra fantástica y única en aquel tiempo, tratándose del libro de un naturalista; pero el alto costo que alcanzaban entonces los libros vino a retardar la publicación. El incendio del Escorial acabó con buena parte del material guardado en sus anaqueles y poco faltó para que esa obra se hubiese perdido para siempre. Por fortuna, se encontraron después los apuntes y los dibujos originales que Hernández había llevado de América y la obra fue rehecha y publicada al fin en 1791, dos siglos después de la expedición.³⁸

La *Crónica* de Cervantes de Salazar tiene momentos de gran interés. Retrata con amenidad la incipiente sociedad novohispana y

³⁶ Millares Carlo, Cuatro estudios biobibliográficos mexicanos, p. 112.

³⁷ *Ibid.*, p. 117.

³⁸ Ignacio Chávez, “México en la cultura médica”, México y la cultura, México: SEP, 1946, p. 703. Ver también, Isaac Ochoterena, “La Biología”, *ibid.*, pp. 653-675; e Ignacio González Guzmán, “Biología médica”, *ibid.*, pp. 747-769.

los contactos entre conquistadores y conquistados. Cuenta, por ejemplo, con una de las primeras noticias de las mujeres que aprenden la lengua mexicana:

La [lengua] mexicana parece mejor a las mujeres que otra lengua ninguna, *y así la hablan españolas con tanta gracia que hacen ventaja a los indios...* (Libro I, cap. XVII, p. 33)³⁹

A pesar del prejuicio de Cervantes de Salazar por tildar de afeminada la lengua mexicana, y decir que las mujeres españolas lo hablan mejor que los mismos nativos, el dato que nos interesa es que las mujeres novohispanas comenzaron a aprender el idioma mexicano. Otro indicio de *sincretismo* y de *ósmosis cultural*.

De la misma manera, tanto hombres como mujeres se acercan a los curanderos y yerberos. En principio, hay un fuerte rechazo contra la medicina Azteca. “De los médicos y cirujanos que entre los indios había, escribe el historiador, los más eran hechiceros y supersticiosos...” (Libro I, cap. XXI, p. 40). No obstante, el afán de aliviarse a cualquier precio, lleva a algunos habitantes de la ciudad a recurrir a la antigua medicina mexicana. Cervantes de Salazar no lo aprueba:

La lástima es que no faltan españolas ni españoles que los crean y se ayuden dellos en sus necesidades y maldades, no entendiendo que van contra la fee que rescibieron en el baptismo, y que las enfermedades, como son naturales en los hombres, no se pueden ni deben curar sino con medicinas naturales... (41. Énfasis nuestro)

Contradicción del rector universitario que no quiere reconocer las virtudes de la medicina naturista prehispánica. La incapacidad para

³⁹ Desde la llegada de los españoles a México, se llamaba “lengua mexicana” al idioma de la Confederación Azteca. Así lo refieren Motolinía, Durán, Olmos, Molina, Sahagún, Gómara y, como vemos, el mismo Cervantes de Salazar. Hablar de “lengua náhuatl” es usar un término relativamente moderno. Para este tema ver Juan Luna Cárdenas, *¿Nauatl, Nahuatl, Nauatl o qué?* México: Editorial Aztekatl, n.d. Énfasis nuestro.

separar la medicina y la religión de los antiguos mexicanos, llevó a persecuciones y graves malentendidos por parte de los españoles.

Aquellos nuevos habitantes de México que comen chile, hablan mexicano y consultan hechiceros, empiezan a ser diferentes a sus congéneres peninsulares. El mismo Cortés (que llegó a América desde los diecinueve años) acusaba pequeñas diferencias. Serán en Sudamérica los *baquianos* o veteranos. Cervantes de Salazar registra también cómo el español que llega a América abandona la molición nobiliaria de la Península y se vuelve más diligente e industrioso. Al referirse a la escasez de cazadores o la menor cantidad de ellos en tierras mexicanas afirma:

... porque en estas partes los hombres no tienen tanta quietud y trabajan más que en España, o para volver ricos o para vivir acá honrados, que no lo son sino los que tienen. (Libro I, cap. XIII, p. 27)

Hay un nuevo género de nobleza que se consigue con el trabajo y la obtención de riquezas. Los mismos conquistadores habían tenido que abandonar sus prejuicios contra el trabajo a la hora de la batalla. Así sucedió con los que tuvieron que hacerse carpinteros y luego remar en el sitio de Tenochtitlan. En el México colonial (hemos visto) la calle de Tlakopan se llena de comercios y de tiendas. Acostumbrados a fatigas y esfuerzos, los novohispanos se liberan de las jerarquías de la nobleza peninsular y del poder hereditario. El dinero parece contar más y, afirma José Durand, “no hay la misma repugnancia por los trabajos manuales como en España”.⁴⁰

La conquista de México iguala a los peninsulares y los deseos de nobleza se acrecientan. Ser español, además, es desde un principio un privilegio, es encontrarse en la pequeña aristocracia indiana, en la jerarquía más alta de la sociedad. “Aquel proverbial *‘Dios está en el cielo, el rey está lejos y yo mando aquí’*, contaba como algo efectivo”, agrega Durand.⁴¹ Las distinciones se hacen según los méritos de

⁴⁰ José Durand, *La transformación social del conquistador*, vol. I, p. 20.

⁴¹ *Ibid.*, p. 24.

guerra (o de conquista). Los viejos conquistadores, primeros y segundos, tienen primacía. El alto clero y los funcionarios reales también. Pero una idea de libertad e igualdad los distingue desde su llegada a América. Honra y riqueza están a la mano de quienes trabajan. Han luchado y por ello, como bien nota Cervantes de Salazar, honrados son por su trabajo y por lo que tienen.

Hacia una nueva economía

Tres actividades distinguen la economía colonial: la agricultura (de productos americanos y europeos) la ganadería y la minería. Hernán Cortés fue el primero en establecer ganado, molinos de trigo y cultivos de seda en su marquesado. Antonio de Mendoza, primer virrey de México, también favoreció esas formas de riqueza, fuera de la minería generalizada. Algunos árboles frutales europeos se cultivan con éxito debido a la fertilidad del suelo mexicano y a la benevolencia del clima. Otros, tuvieron menos suerte. Cervantes de Salazar escribe:

Los árboles de Castilla se dan muy bien...los que menos aprueban son olivas, cepas, castaños y camuesos...; parras y uvas hay muy buenas y sabrosas, pero no se hace vino dellas, o porque no se pone diligencia o porque no acuden los tiempos, como en Castilla; pero las higueras, manzanos, ciruelos, naranjos, limones, cidros, morales, en los cuales se cría gran cantidad de seda, se dan en gran abundancia y con muy buen gusto, y así se darían otros muchos árboles de Castilla si hobiese menos cobdicia de dineros y mas afición a la labor de los campos. (Libro I, cap. V, p. 14)

También critica a los primeros pobladores novohispanos cuya codicia es desmesurada. Se refiere a las minas de plata (en especial las de Taxco y Zacatecas) que atraen a gran cantidad de inmigrantes. El cronista afirma con humor:

...todos andan a buscar plata, la cual, como decía Diógenes, había de estar amarilla de miedo, como el oro, de los muchos

que la andan a buscar hasta sacarla de las entrañas de la tierra. Cierto; si hubiese el asiento que se desea habría menos cobdicia y más virtud. (Libro I, cap. XIV, p. 28)

El ganado europeo cubre los campos mexicanos. Al describir la calidad de las tierras de la Nueva España, Cervantes de Salazar refiere “los llanos de Otumba, tan fértiles de ganado ovejuno que hay en ellos sobre ochocientas mill cabezas” (libro I, cap. IV, p. 9). García Icazbalceta escribe al respecto: “La asombrosa multiplicación del ganado vacuno en América sería increíble, si no estuviera perfectamente comprobada con el testimonio de muchos autores y documentos irrecusables”.⁴² Aparecen también las bestias de carga “las cuales hay en abundancia de asnos, mulas y caballos, y los caballos y mulas tan buenos, *que en España no los hay mejores*” (libro I, cap. XII, p. 26).⁴³ La calidad de los caballos mexicanos, que con el tiempo será legendaria (y que Balbuena versificará con deleite) es alabada por Cervantes de Salazar:

Los pellejos de los caballos son los más lindos del mundo, y los colores, que en España no aprueban bien, en esta tierra son señal de muy recios; y así, los caballos overos y blancos son muy recios y para mucho trabajo, y así hay caballos de camino mejores que en todo lo descubierto del mundo, y los de rúa, tantos y tan buenos, que en ninguna parte dél hay más ni tales, lo cual no poco ennoblece esta tierra y la fortifica, porque a pie, en los llanos y en las sierras, son más poderosos los indios que los españoles, mayormente cuando no hay arcabuces. (Libro I, cap. XII, p. 26)

Los caballos, “nervios de la conquista”, siguen siendo un elemento fundamental después de ella; tanto en la ciudad y en los campos de trabajo, como en las nuevas empresas de expansión y conquista.

⁴² García Icazbalceta, “El Ganado Vacuno en México”, Obras, vol II, p. 453.

⁴³ “No podía concebirse un caballero sin su caballo”, escribe Fernando Benítez. *Los primeros mexicanos*, p. 59.

Cervantes de Salazar nació en Toledo. Defensor del imperio y de la hispanidad, había recibido una alta educación universitaria. Su alabanza de la ciudad de México y de los rasgos que empiezan a vislumbrar un nuevo sentir mexicano, por tanto, tienen elevado interés. Sin dejar de ser español, el historiador se mexicaniza, siente gran orgullo por la nueva ciudad, por su universidad, por sus iglesias, por su clima, por el paisaje que la rodea, por su comida, y por la nueva sociedad a la que pertenece. Quien llega a la ciudad de México, queda seducido por su belleza. Y esto va desde la entrada de Cortés hasta Cervantes de Salazar, Juan de la Cueva, Salazar y Alarcón, y Balbuena.

La *Crónica de la Nueva España* de Cervantes de Salazar contiene, así, información propia y original, tanto de los días de la conquista como de los primeros años de la Colonia. Constituye un libro fundamental para la historia de la ciudad de México. Lástima su injusta postergación, así sea relativa. En 1940, Ramón Iglesia indicó la urgencia de valorar la *Historia* de Gómara, y de estudiarla en detalle y con profundidad. Hoy, podemos afirmar lo mismo de la *Crónica* de Cervantes de Salazar, antiguo poblador de la ciudad.

Bibliografía:

- BENÍTEZ, Fernando. *Los primeros mexicanos*, México, Ediciones ERA, 1985.
- CASO, Alfonso. "Contribución de las culturas indígenas de México, a la cultura mundial", *México y la Cultura*, México, Secretaría de Educación Pública, 1946, pp. 49-80.
- CASO, Alfonso, *et al. México y la Cultura*, México, Secretaría de Educación Pública, 1946.
- CERVANTES DE SALAZAR, Francisco. *Crónica de la Nueva España*. Ed. Juan Millares Ostos, México, Editorial Porrúa, 1988.
- . *Crónica de la Nueva España*. Ed. Zelia Nutall, Pról. Manuel Magallón, Madrid, The Hispanic Society of America, 1914.
- . *Crónica de la Nueva España*. Ed. Francisco del Paso y Troncoso, 3 vols., Madrid, Est. Fot. de Hauser y Menet, 1914, (La prematura muerte del estudioso mexicano dejó inacabada la publicación de la obra, en 1936, Marcos E. Becerra dio a la imprenta los volúmenes II y III).
- CORTÉS, Hernán. *Cartas y relaciones de Hernán Cortés al Emperador Carlos V*, Ed. Pascual de Gayangos, París, Imprenta Central de los Ferrocarriles, 1866.
- CHÁVEZ, Ignacio. "México en la cultura médica", en *México en la cultura*, México, Secretaría de Educación Pública, 1946, pp. 677-746.
- DURÁN, fray Diego. *Historia de la Indias de la Nueva España e Islas de la Tierra Firme*, Ed. Ángel María Garibay K. 2 vols., México, Editorial Porrúa, 1984.
- GARCÍA ICAZBALCETA, Joaquín. *Colección de documentos para la Historia de México*, 2 vols., México: Antigua Librería, 1866.
- . "El cacao en la historia de México", En *Obras*, Vol. I, pp. 319-326.
- . "El Ganado Vacuno en México", *Obras*, Vol. II, pp. 453-460.
- . "La antigua catedral de México". En *Obras*. Vol. I, pp. 387-419.
- . "La Fiesta del Pendón en México", *Obras*, vol. II, pp. 443-451.
- . "La Iglesia y Convento de San Francisco de México", *Obras*, vol. II, pp. 381-414.
- . *Obras*, 10 vols., México, Tipografía de Victoriano Agüeros Editor, 1896-1905.
- GÓMEZ DE OROZCO, Federico. *El mobiliario y la decoración en la Nueva España en el siglo XVI*, México, UNAM, 1983.

- GONZÁLEZ GUZMÁN, Ignacio “Biología médica”, en *México en la cultura*, México, Secretaría de Educación Pública, 1946, pp. 747-769.
- GUZMÁN, EULALIA. *Relaciones de Hernán Cortés a Carlos V sobre la Invasión de Anáhuac*, México, Libros Anáhuac, 1958.
- . *Una versión crítica de la historia de la conquista de México Tenochtitlan*, México: UNAM, 1989.
- LISS, PEGGY K. *Orígenes de la nacionalidad mexicana. 1521-1556. La formación de una nueva sociedad*, Trad. Agustín Bárcena, México, FCE, 1986.
- LÓPEZ DE GÓMARA, Francisco. *Historia de la Conquista de México*, Ed. Joaquín Ramírez Cabañas, 2 vols., México, Ed. Pedro Robredo, 1943.
- LUNA CÁRDENAS, Juan. *La Educación Aztekatl*, México, Editor Vargas Rea, 1953.
- ¿*Nauat, Nahuat, Nauatl, Nahuatl o qué?* México, Ed. Aztekatl, n.d.
- MACÍAS VILLADA, Mario. *Curso de Historia de la Ciudad de México*, 2 vols., México, Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, 1970.
- MOTOLINÍA, fray Toribio de. *Historia de los Indios de la Nueva España*, Ed. Georges Baudot, Madrid, Editorial Castalia, 1985.
- MURILLO REVELES, José Antonio. “Sistema de Educación Azteca”, *Curso de Historia de la Ciudad de México*, Vol. II, pp. 33-37.
- OCHOTERENA, Isaac. “La Biología”. En *México en la cultura*, México, Secretaría de Educación Pública, 1946, pp. 653-675.
- OROZCO Y BERRA, Manuel y José María LAFRAGUA. *La Ciudad de México*, Ed. Ernesto de la Torre Villar, México, Editorial Porrúa, 1987.
- PADDEN, R.C. *The Hummingbird and the Hawk: Conquest and Sovereignty in the Valley of Mexico, 1501-1541*, Ohio: Ohio State University Press, 1967.
- PRIEN, Hans-Jürgen *Die Geschichte des Christentums in Lateinamerika* (Gottingen: Vandenhoeck und Ruprecht, 1978).
- Relación de méritos y servicios del conquistador Bernardino Vázquez de Tapia, vecino y regidor de esta gran ciudad de Tenustitlan*, Ed. intr. y notas Jorge Gurriá Lacroix, México, Antigua Librería Robredo, 1953.
- REYES, Alfonso. *Letras de la Nueva España, OC*, México, FCE, 1960, vol. XII, pp. 279-396.
- . *Visión de Anáhuac, OC*, México, FCE, 1955, vol. II, pp. 9-34.
- RICARD, Robert. *La conquista espiritual de México*, Trad. Ángel María Garibay K., 1a. reed., México, FCE, 1986.